

EL DÍA AZUL DE LA VENGANZA

Un thriller en la Costa Tropical

**Francisco Javier
Sánchez Manzano**

EL DÍA AZUL DE LA VENGANZA

Un thriller en la Costa Tropical



{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, julio 2020

© Francisco Javier Sánchez Manzano, 2020

© Esdrújula Ediciones, 2020

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: Gale Titus

<https://www.zazzle.com/store/galet09>

Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 765-2020

ISBN: 978-84-17680-40-4

Impreso en España · Printed in Spain

Esta es una historia ficticia. Los personajes y hechos descritos pertenecen a la imaginación del autor y sirven únicamente al noble propósito de entretener. Cualquier parecido con la realidad más allá de los nombres de algunos lugares es pura coincidencia. O, en todo caso, la constatación de que, a veces, la realidad supera a la ficción.

A mi hijo. Siempre.

A Montse y Guillermo. Por la sonrisa. Por la idea.

«El mal, no los errores, perdura,
lo perdonable está perdonado hace tiempo,
los cortes de navaja se han curado también,
solo el corte que produce el mal, ese no se cura,
se reabre en la noche, cada noche».

Calle de la Gloria, INGEBORG BACHMANN

¿Quieres jugar, Samuel?

Juguemos.

Diez días de enero

DOMINGO, 12 DE ENERO

Era el mejor o el peor de los lugares para olvidar. Un pequeño pueblo costero escondido entre dos provincias andaluzas, una bahía de calma a la que solo se podía llegar por una carretera sinuosa de asfalto roto, cinco o seis kilómetros después de haber abandonado la autopista por una salida que, en realidad, indicaba el nombre de otra localidad.

El pueblo que no aparecía en los carteles se llamaba La Herradura y contaba con una única calle de acceso que bajaba desde la carretera hasta la playa. Se conocía como la calle de Entrada porque en los pueblos no suelen complicarse la vida con los nombres. Por esa misma razón, los feligreses, antes de entrar a misa, se saludaban en la calle de la Iglesia; y resulta fácil adivinar por qué la única plaza del pueblo se llamaba plaza del Ayuntamiento. Por supuesto, para salir de La Herradura había que tomar la calle de Salida, paralela a la de Entrada y separada de esta por una rambla casi siempre seca que desde mayo a septiembre se usaba como aparcamiento.

También era el mejor o el peor de los tiempos para olvidar. Una tarde lluviosa de invierno que había vaciado las aceras del paseo marítimo, en verano atestadas de corros de adolescentes, niños con las manos manchadas de helado y músicos

ambulantes que tocaban canciones en la puerta de los bares hasta la madrugada. Ahora, sin embargo, todo permanecía callado, la oscuridad se había adueñado de la tarde y solo un vehículo avanzaba lentamente bajo la luz ahogada de las farolas. Los limpiaparabrisas despejaban el agua del cristal y a través de esa pantalla, a ratos salpicada, a ratos barrida, distinguía el conductor las siluetas de los edificios que se levantaban frente a la playa. El coche giró en una esquina, el haz de sus faros revelando la densa cortina de lluvia, sus neumáticos escupiendo barro, y se detuvo en la puerta de un garaje, que al cabo de unos segundos comenzó a abrirse muy despacio.

Tomás Ros aparcó tras un par de maniobras, con cuidado de no tocar las piraguas tendidas en el suelo de las cocheras contiguas, paró el motor, sacó un par de bolsas del maletero y subió a su apartamento. Soltó los bártulos en la cocina, llenó el frigorífico, conectó la estufa, dobló y colocó la ropa en el armario y se preparó algo de cenar. Se acostó temprano. A los pies de la cama, como un ritual similar al de un tenista en un descanso del juego, dejó dos botellas perfectamente alineadas (una con agua, otra con leche), dobló la almohada y cogió un libro que guardaba en el cajón de la mesita. Leyó un par de páginas, tomó un sorbo de leche, retomó la lectura y cuando sintió que se acercaba el sueño, bebió un último trago de agua y apagó la luz con la esperanza de que el rumor cercano de las olas le ayudase a dormir. Pero los pensamientos sonaban con más fuerza; centellas que atravesaban el cielo oscuro de su cabeza dejando pequeñas cicatrices, un eco doloroso de voces que aceleraba el ritmo de sus latidos. Finalmente, resignado, la mano en el pecho, tamborileando, decidió ocupar su mente en planear lo que haría esa semana: empezar el borrador de una novela sobre las peripecias de Hemingway en París. Pasear. Salir a correr. Tumbarse en la playa. Y olvidar. Olvi-

dar que tiempo atrás había abandonado su trabajo para refugiarse en la escritura. Olvidar que había enviado su primera obra a un conocido novelista y que este acababa de ganar el premio literario más importante del país gracias a un personaje que no le pertenecía. Olvidar que su hijo secuestrado vivía ahora en otra tierra, que una mente sin talento lo había manchado de rencores y lo obligaba a comportarse como un necio. Olvidar, en fin, que un impostor llevaba meses recogiendo halagos y asistiendo a homenajes que dibujaban sonrisas ensayadas en su rostro, tan falsas como él. El rostro de un cínico que había ingresado en su cuenta un cheque de 600 000 euros.

En efecto, había ido a La Herradura para olvidar. Y allí estaba, en plena madrugada, recordando extractos sueltos de las docenas de entrevistas que había concedido Samuel Corpas con motivo de su premio. «Algo me sucedió hace un par de años, el destino vino en mi busca». «He deseado convertirme en otro escritor, pero al final no he podido evitar ser yo mismo». «He cambiado mi estilo porque repetirse es la muerte de cualquier narrador». Y la cita que más le dolía, la que le azotaba la mente como un látigo furioso: «Oh, por supuesto, saqué ese personaje de mi propia experiencia». El mar rugió a lo lejos. Tomás encendió la luz. Bebió un poco de leche. Volvió a coger el libro de la mesita, *Ciudad de ladrones*, de David Benioff, y sus ojos se posaron en la misma página durante muchos minutos.

Olvidar no se le daba bien.

Con algo de esfuerzo, dedicó su atención a un párrafo que decía: *Yo había nacido insomne, y así es como moriré, derrochando miles de horas por el camino mientras ansío la inconsciencia, ansío que un mazo de goma me golpee en la cabeza; no muy duro, no lo bastante duro para hacerme daño,*

solo un buen golpe para atontarme, pero aquella noche no tenía ninguna oportunidad.

Ojalá yo escribiese así, pensó. Le consoló creer que Corpas hubiese llegado a la misma conclusión mientras se apoderaba de *El guardián de la tierra*. Notó los pies helados, el corazón caliente. La lluvia seguía cayendo. Soltó el libro y permaneció acostado, boca arriba, con la luz encendida y la boca medio abierta, fabricando hilos continuos de pensamientos como una araña que teje su red. Y mientras las olas iban y venían y el mundo se callaba y él seguía con la vista fija en el techo.

LUNES, 13 DE ENERO

A la mañana siguiente salió a dar un paseo. No llovía y el sol se había asomado tímidamente entre dos nubes, aunque en las zonas de sombra se notaba el frío. En menos de un minuto llegó a la playa, una franja semicircular de arena oscura, de unos cuarenta metros de ancho, encajada entre dos cerros, que se extendía a lo largo de unos dos kilómetros. Se sentó a pocos metros de la orilla, con las manos en los bolsillos del abrigo, respiró el aire limpio y contempló el mar. El azul infinito. La línea del horizonte que se fundía con el color del cielo. Por un momento imaginó que más allá de aquella línea no había nada más que una inmensa catarata y que si consiguiese llegar hasta ella, lo engulliría un abismo.

Sería una muerte hermosa, pensó.

Se levantó de pronto, abandonó la playa y el paseo marítimo y con paso tranquilo se metió de lleno en el corazón del pequeño pueblo. En sus calles estrechas y adoquinadas, perfumadas de jazmín, se levantaban casas pintadas de blanco

por cuyas puertas, casi siempre abiertas, entraban y salían señoras vestidas de color oscuro, hombres de rostro curtido que no llevaban abrigo ni en los días más fríos y una o varias pandillas de gatos.

Atravesó la plaza, pasó junto al puesto de churros —qué bien olía aquel rincón—, dejó a un lado el ayuntamiento y llegó al supermercado. Compró pan, leche y comida congelada. Descubrió un par de chokolatinas que asomaban del bolsillo de un muchacho que le precedía en la cola, pero no dijo nada. Intercambió algunas frases con Sebastián, el encargado: Me alegro de verte, Tommy, ¿qué tal Alejandrita? (Bien, se ha ido de viaje con su madre. Volverán dentro de unos meses). Ah, estupendo. ¿No prefieres la leche Silo? La tenemos en oferta. (No, la probé una vez y me sentó mal). Vaya, lo siento. A veces pienso que si se acabasen las vacas en el mundo, seguiría habiendo leche. (No me extrañaría). Adiós, Tommy. (Adiós). Sonó una campanilla en la puerta. Luego fue a la frutería y pidió naranjas y aguacates. Intercambió unas palabras con Claudio: ¿Qué tal, Tommy? (Nada, a pasar unos días). Pues te vas a aburrir de lo lindo, porque aquí no hay ni dios en invierno. (A eso he venido, a aburrirme). Mira, mira qué aguacates. Me los ha traído hoy mismo mi primo de un cortijo que tiene ahí arriba. (Toma, Claudio, va justo). Gracias.

Tomás salió de nuevo a la plaza, vagó un rato más entreteniéndose con cualquier detalle y regresó a casa por la calle de la Iglesia. Se paró a descansar junto a un muro que daba a un huerto, pues las bolsas pesaban bastante, y observó a las gallinas picoteando aquí y allá. Se acordó de su hija. En las largas noches de verano, cada vez que Alejandra paseaba cerca de ese huerto, se sentaba en la tapia y las veía en la higuera, ovilladas, dormidas; bolas blancas tapadas en parte por las ramas y las grandes hojas. Pero Alejandra se encontraba ahora en

Canadá, con su madre. Elsa, la mujer de Tomás, había aceptado cubrir una plaza de profesora en la Universidad de McGill, en Montreal, durante un cuatrimestre, y se había llevado a la pequeña: «Cuando volvamos hablará inglés perfectamente, y un poco de francés». No le faltaba razón. Una niña de seis años lo absorbe todo. Y solo se perdería unos meses de clase.

Elsa era filóloga. Tenía un don para las palabras; fue ella la que le ayudó a sacar adelante *El guardián de la tierra*. Tomás escribía un capítulo y Elsa se lo corregía. Tomás le hablaba de los personajes y su mujer le preparaba un esquema con los rasgos más destacados de cada uno de ellos. Los buenos personajes son imperfectos, llenos de aristas, contradictorios, como cualquier ser humano, decía. Y así era. Tomás se sentía muy orgulloso de Lucas, *el guardián*. A Elsa le encantó. A Corpas, también.

Al adueñarse de Lucas, Corpas, sin saberlo, también había roto el hechizo de una pareja indestructible. Sucedió el día que Tomás leyó en el periódico la sinopsis del libro premiado. En ese preciso instante se desvaneció el equilibrio que sostiene los hogares, la calma, la voz sosegada de la razón, el todo saldrá bien. Apareció el déjalo ya. Emergieron los restos de un gran naufragio. Llegaron los reproches, los gritos, los músculos tensos. Se abrió una brecha entre ellos. La obsesión dio paso al desorden. A la distancia.

Ella, mejor que nadie, debería haberlo entendido. Los escritores son seres sensibles. Intensos. Viscerales. Cuando aman, lo hacen sin medida. Cuando odian, odian a muerte. Tomás era noble como un caballo de raza. Sin embargo, no soportaba la injusticia. Había que emplearse a fondo para conseguir herirlo, pero cuando esos ojos se inyectaban en sangre, nada a su alrededor permanecía a salvo. Los muebles se cubrían de cicatrices.

Los pájaros huían de los alféizares. La tierra temblaba como si la golpearan los cascos de un caballo desbocado.

Tomás llevaba meses desaparecido.

Otra vez.

Eso era lo único que entendía Elsa.

La oferta de McGill resultó providencial. Parecía coherente que dos mundos distintos viviesen en países diferentes. A Tomás, el silencio de una casa vacía le había ayudado a relajar la velocidad de sus pensamientos. La soledad, que calmaba y dolía a parte iguales, también le abrió la puerta a imágenes de otros tiempos, cuando abandonó su trabajo y nada parecía tener sentido. Fue un momento duro, en realidad mucho más duro que perder a un personaje, pero del mismo modo que aquel recuerdo se le presentaba empapado de remordimiento, este lo hacía cargado de ira. Guardaba relación con el orgullo. Con el honor. Con la certeza de que, en el futuro, él mismo le contaría a su hija que una delgada línea lo había separado de su pequeña porción de gloria. Que algo debió suceder en el pasado. Y que nunca sucedió.

Tomás terminó la sopa y no probó el pescado, quemado por fuera, crudo por dentro, un poco como él, aunque justo al revés. Después de recoger los platos y limpiar la cocina, se puso el abrigo, cogió una mochila, introdujo en ella un libro y una manta y se marchó a leer a la playa.

Llegó al final del paseo. La brisa le acariciaba el rostro; notó el regusto a sal en los labios. Eran casi las cinco, disponía de una hora escasa de luz. Observó la playa: habían acudido bastantes pescadores, probablemente animados por la mejoría del tiempo; no obstante, quizá porque disfrutaba más la lectura en la intimidad, decidió continuar hasta una diminuta cala vecina. Así, tomando la carretera en ascenso que conectaba La Herradura con las lujosas villas del Cerro del Este,

dio la espalda al último edificio del paseo, al último chiringuito, y anduvo un par de minutos hasta que divisó, allí abajo, la playa solitaria. Bajó con cuidado por un estrecho sendero, evitando pisar los musgos adheridos en las piedras, desplegó la manta y se tumbó en la arena fría. El mar lo saludó.

La luz se oscureció antes de lo previsto. Solo había leído seis páginas, no era su ritmo habitual, pero se dijo a sí mismo que poco a poco se iría liberando de preocupaciones; de este modo entrarían mejor las palabras en su cabeza y saldrían con mayor facilidad de sus manos.

Recogió la manta, la guardó en la mochila junto con el libro y cuando se disponía a marcharse vio algo de color blanco en una hendidura de las rocas. Se acercó, inquieto, y descubrió que era el asa de una bolsa de deporte. Caviló un rato no superior al minuto sobre cuál sería el proceder más correcto. En realidad, lo sabía desde el primer segundo.

Hizo justamente lo contrario. Tiró del asa y la bolsa encajada en el saliente cayó a la arena. Se agachó, abrió la cremallera y sus ojos se iluminaron a la luz de la luna. Con la ayuda de la linterna del móvil, contó veinticinco paquetes envueltos en fundas de plástico. Cada paquete contenía unos cien billetes. Quince de los paquetes eran de 200, cinco de 100 y cinco de 500.

Lo cual sumaba, exactamente, 600 000 euros.